

Cuerpos, signos y espacios: sobre la arquitectura panóptica de la segregación urinaria

José Andrés Díaz Hernández

Universidad Autónoma de Querétaro, México

lafactory92@hotmail.com

Resumen

Iniciamos con la pregunta ¿Cómo es posible pensar las intercepciones dinámicas entre cuerpos, signos y espacios? En la introducción se pone en dialogo a Foucault con Halperin y Witting para precisar que el dispositivo de sexualidad es heteronormativo. En la segunda parte del artículo se describe una muy breve genealogía de la elaboración del concepto de tecnogénero en el marco del transfeminismo. Lo anterior permite construir un atril para pensar el dispositivo de sexualidad heteronormativo, configurado por ficciones somatopolíticas sostenidas en categorías segregativas, cuyas bases son dispositivos de verificación, técnicas corporales, regímenes de gobierno, y diseños arquitectónicos de los espacios, donde el binarismo de género (Hombres/Mujeres) es el efecto de tecnologías productoras de sujetos contextualmente situados. La tercera parte tiene como eje el estudio del panóptico que hace Foucault en *Vigilar y Castigar*, junto con algunas ideas de Lacan, Allouch y Preciado, para argumentar por qué consideramos que la vigilancia panóptica de los géneros es la segregación urinaria. Concluimos con algunas ideas sobre el problema de la segregación cuya base es el pensamiento binario, con la invitación de acercarnos al devenir minoritario de los cuerpos y al estudio crítico de los discursos científico-técnicos de la modernidad.

Palabras clave: cuerpos, segregación, binarismo, panóptico, género.

Bodies, signs and spaces: about panoptic architecture of urinary segregation

Abstract

The question to begin: How is it possible to think dynamic interceptions between bodies, signs and spaces? Introduction presents, Foucault, Halperin and Witting dialogue exercise in order to clarify that sexuality device is heterogeneous in its heterogeneity of displays. The second part briefly describes the genealogy of the elaboration of techno-gender concept within transfeminism. This allows to build a lectern to enable the thinking of heteronormative sexuality device, configured by somatopolitic fictions held in segregative categories, which bases are devices verification, body techniques, government regimes, and architectural designs of spaces, where binary gender (Men/Women) is the effect of technologies that produce contextually situated subjects. The third part axis is the study of Foucault's panopticon in Guard and punish; with some ideas of Lacan, Allouch and Preciado to argue why panoptic surveillance of genders is considerate urinary segregation. Conclusion gathers ideas about segregation problem whose basis is binary thinking, with the invitation to approach the minority befall of bodies and the critical study of the scientific-technical discourses of modernity.

Keywords: bodies, segregation, binarism, panopticon, gender.

Fecha de recepción: 26 de marzo de 2019.

Fecha de aprobación: 14 de agosto de 2019.

Pequeños ardides dotados de un gran poder de difusión, acondicionamientos sutiles, de apariencia inocente, pero en extremo sospechosos, dispositivos que obedecen a inconfesables economías o que persiguen coerciones sin grandeza son, sin embargo, los que han provocado la mutación del régimen punitivo en el umbral de la época contemporánea. Describirlos implicará detenerse en el detalle y prestar atención a las minucias: buscar bajo las menores figuras no un sentido, sino una precaución; situarlos no sólo en la solidaridad de un funcionamiento, sino en la coherencia de una táctica. [...] La disciplina es una anatomía política del detalle (Foucault, 2009 [1976]:161).

Introducción

¿Cómo pensar las intercepciones dinámicas entre cuerpos, discursos y espacios? ¿Cuáles tecnologías arquitectónicas engendran los signos de la segregación genérica en la vida cotidiana? ¿Cómo abordar de manera crítica los procesos de segregación y codificación de los cuerpos? ¿Cuáles lógicas y gramáticas producen el binarismo de género?

En los libros *Vigilar y castigar* y *La voluntad de saber* Foucault describe dos genealogías de dispositivos (el disciplinario y el de sexualidad respectivamente), con lo que establece el atril de análisis para las redes del ejercicio del poder disciplinario y los andamiajes discursivos productores del sujeto moderno. El dispositivo es una red, con funciones estratégicas para una población, configurada por los nexos entre elementos heterogéneos: discursos, instituciones, instalaciones arquitectónicas, reglamentos, leyes, medidas administrativas, enunciados científicos, proposiciones filosóficas, morales, filantrópicas, lo dicho y lo no dicho (Foucault, 1994: 299).

Los dispositivos se anudan y son recíprocos unos con otros, operando por medio de sus elementos. Uno de esos elementos es el diseño espacial del panóptico, descrito ampliamente como tecnología disciplinaria, cuya forma arquitectónica permite la vigilancia, docilidad y coerción de los cuerpos. Si bien el panóptico es asociado a la formación de los sistemas carcelarios, educativos y obreros modernos en occidente, sus alcances son todavía más sutiles. Otro elemento, es la noción de “sexo” en el dispositivo de sexualidad que agrupa “en una unidad

artificial elementos anatómicos, funciones biológicas, conductas, sensaciones, placeres, y permitió el funcionamiento como principio causal de esa misma unidad ficticia” ([1976] 2011:145).

Con Foucault es posible pensar la sexualidad como un dispositivo histórico y una invención moderna enmarcada en complejos lazos discursivos. El discurso de la ciencia médica, criminológica, psiquiátrica y sexológica, por medio de su conjunto como *scientia sexualis*, heredó el modelo de la confesión eclesiástica del catolicismo medieval para construir sus nosografías y saberes clínicos con lo cual surgió a finales del siglo XIX la sexualidad mórbida y la figura de la perversión y de los perversos (Roudinesco, 2009). Foucault estudia en diferentes momentos, por ejemplo en sus cursos *El Poder Psiquiátrico* (2005 [1973-1974]) y *Los Anormales* (2000 [1974-75]), cómo las articulaciones discursivas entre los campos de la medicina, lo jurídico, lo *psi* (psicología, psiquiatría, psicoanálisis), en torno a la locura y la sexualidad, nacieron sostenidas en correlatos y prácticas que daban legitimidad a cierto modelo hegemónico del sexo en occidente para devenir en formas clasificadas de sexualidad, sostenidas en ciertos regímenes de juegos de verdades productoras del sujeto en la modernidad.

El discurso de la *scientia sexualis* inventó, a través de la literatura psiquiátrica del siglo XIX, la figura de los perversos sexuales y criminales degenerados, como movimiento de legitimación simbólica e imperial para establecer una figura universal de sana sexualidad. De pronto las diversas prácticas eróticas y el uso de los placeres corporales devinieron en identidades y especies clasificadas en dos lados: uno “saludable” con la pareja heterosexual monógama reproductora, y por otro lado los “enfermos” perversos y degenerados. Su narrativa le adjudicó a la naturaleza cierta moral prescriptiva al sexo, sosteniendo la existencia de un instinto sexual genésico que conduciría a los cuerpos hacia la realización de la función reproductiva de la especie, donde las desviaciones de ese instinto (en prácticas que van desde la masturbación, pasando por el travestismo, la homosexualidad o el sadomasoquismo) serán connotadas como “patologías”. Sin embargo, la aporía del instinto sexual contenía desde su invención orgánica ficcional la lógica misma de su contradicción. Sostener la existencia de un instinto sexual reproductor regulador del deseo en la especie humana es una aporía que no resiste los análisis rigurosos de campos como la Antropología, la Historia, la Sociología, la misma Biología, o el

Psicoanálisis. Ni siquiera epistemológicamente es sostenible con firmeza. La gran “verdad” (si es que pudiéramos decirlo en estos términos) es que no hay *verdad* unívoca sobre el sexo, sólo prácticas eróticas tan diversas como los cuerpos que las puedan producir o imaginar. La realidad de la verdad sobre el sexo no es norma, es variedad y trasgresión pulsante desde la carne deseante de los sujetos singulares del placer.

Ahora bien, el régimen disciplinario se valió y prolongó códigos binarios ya existentes (raza, clase, división sexual del trabajo que devendrán en las segregaciones modernas del género), e inventó otros que regularían las potencialidades reproductoras biológicas de los cuerpos en la ficción identitaria de la heterosexualidad universal. Para que la matriz heterosexual opere, tuvo que inventar las ficciones sociales de la división segregativa de los cuerpos clasificándolos “científicamente” de acuerdo con sus diferencias genitales en lo general y sus sustancias reproductoras en lo individual; las mujeres como cuerpos gestantes portadoras de úteros, los hombres como portadores y contenedores de esperma. Así nació también la monogamia y el tipo de familia nuclear (un padre y una madre, más los hijos e hijas) que todavía goza de cierta vigencia, como único modelo aspiracional y deseable de filiación y lazo social. Si para este régimen la sexualidad sólo puede ser pensada como reproductiva y heterosexual, requirió también patologizar y clasificar las prácticas contrasexuales que buscan el placer y que incluso ni siquiera hacen uso de los genitales directamente. El discurso del régimen disciplinario concibió la ficción de la pareja monógama heterosexual y reproductora (necesaria también para la consolidación de lo que conocemos como capitalismo), a la vez que requirió inventar las patologías de la desviación de esa norma creando epónimos nominativos de amplio alcance e influencia.

En el libro *Psychopatia Sexualis*, de la pluma de Krafft-Ebing en 1895, nacen algunos de los más célebres y todavía vigentes epónimos clasificatorios que darán nombre a diversas prácticas eróticas: inversión, masoquismo, fetichismo, sadismo, travestismo, exhibicionismo, etc. Los procesos discursivos de biologización, medicalización y clasificación, que van del siglo XVIII al XX, intentaron capturar la potencia de las micropolíticas del placer y del deseo, para inventar un convencionalismo sexual en donde lo heterosexual es retórica normativa que constantemente fracasa porque por sí misma es insostenible, requiriendo de otras operaciones suplementarias. Este sistema institucionaliza un reduccionismo epistemológico, político y de organización social

que sin embargo no se ha podido mantener firme sin hacer uso de la violencia, y por eso requiere siempre de operaciones nuevas que aseguren su legitimidad. En otras palabras, mientras más se indaga en el supuesto “individuo normal”, más *perversa* se torna la normalidad. Ahora mismo nos encontramos en los fangos pútridos de esa normalidad falaz y fallida.

Con base en lo anterior, enfatizamos la articulación que hay entre discursos productores de verdad en los que un enunciado puede tomar valor como verdadero o falso a través de criterios específicos de verificación. El sujeto moderno se sostiene por diferentes axiomas, entre los cuales es posible ubicar locura y sexualidad. La vinculación que se puede establecer entre locura y sexualidad, en tanto axiomas productores de la subjetividad contemporánea, se encuentra en sus correlatos legitimados en una dialéctica que David Halperin llama *lógica del suplemento*¹, cuyos ejemplos son las oposiciones salud-enfermedad, razón-locura, heterosexualidad-homosexualidad, hombre-mujer, bueno-malo, normal-anormal. Dice Halperin: “Si sustituyen “homosexualidad” por “locura”, y “heterosexualidad”, por “razón” en esas formulaciones, encontrarán (a pesar de las diferencias obvias entre los dos conjuntos de términos) muchos de los axiomas fundamentales de la teoría *queer* contemporánea” (2004:62).

Ahora bien, Foucault dedica la parte IV de *La voluntad de saber* a organizar las líneas de su proyecto sobre la historia de la sexualidad, y por lo tanto a ubicar el problema, método, campo y periodización, a modo de establecimiento formal del marco de estudio nominado como dispositivo de sexualidad. Con el sintagma “dispositivo de sexualidad” Foucault enmarca sus estudios sobre las relaciones históricas entre el poder, la búsqueda de la verdad sobre el sexo y los discursos sobre la sexualidad, asentados en lo que a partir del siglo XIX han sido los cuatro grandes estrategias desplegadas del saber y poder: “sexualización del niño, histerización de la mujer, especificación de los perversos, regulación de las poblaciones, estrategias todas que pasan por una familia que fue (hay que verlo bien) no una potencia de prohibición sino factor capital de sexualización” (Foucault, 1976:108).

En las últimas páginas de *La voluntad de saber* Foucault advierte:

¹ Halperin cita a David Macey, “el término se refiere a un cuerpo heterogéneo de discursos, propociones, instituciones, leyes y formulaciones científicas; el *dispositivo* es la red que los une, que gobierna el juego de este conjunto heterogéneo. Es una formación *que, en un momento histórico dado, corresponde a la función estratégica*

Y allí donde nosotros vemos hoy la historia de una censura difícilmente vencida, se reconocerá más bien el largo ascenso, a través de los siglos, de un dispositivo complejo para hacer hablar del sexo, para fincar en él nuestra atención y cuidado, para hacernos creer en la soberanía de su ley cuando en realidad estamos trabajados por los mecanismos de poder de la sexualidad. [...]Ironía de este dispositivo de sexualidad: nos hace creer que en él reside nuestra “liberación” (Foucault, 1976:149-150).

El “dispositivo de sexualidad” es un conjunto de prácticas, discursos, instituciones, reglamentaciones, instalaciones arquitectónicas, leyes, medidas administrativas, enunciados científicos, saberes, formas de investigación y apuestas por encontrar verdades consecuentes de los sujetos en el sexo. Haciendo una lectura puntual de *La voluntad de saber*, podemos localizar juegos dialécticos descritos por Foucault, que prácticamente atraviesan su exposición, ubicándolos como pilares del dispositivo de sexualidad. Pero hay un elemento de dicho dispositivo no enunciado explícitamente por Foucault, y que, sin embargo, desde nuestra lectura, sí es referido implícitamente: lo heterocentrado.

La escritora y teórica feminista francesa Monique Wittig en su ensayo *El pensamiento Heterosexual*, localiza que aquellas formas discursivas que ha desarrollado el quehacer científico desde el siglo XIX sobre la sexualidad, y sobre la sociedad en general, se encuentran fundadas en una visión del mundo que coloca a la heterosexualidad como una norma natural e inmutable, con lo que se ha sostenido un régimen opresivo para las y los seres humanos que no se adscriben a tal normativa imperativa. El sistema del pensamiento heterosexual, aquí lo entendemos como un régimen simbólico, un sistema político que apuesta por una cierta universalidad arbitraria fundada en binarismos diferenciadores (complementarios u opuestos), a su vez desconociendo otras posibilidades en el universo del lenguaje y en las formas de vinculación y relación entre cuerpos. Wittig:

Los discursos que nos oprimen muy en particular a las lesbianas, mujeres y a los hombres homosexuales dan por sentado que lo que funda la sociedad, cualquier sociedad, es la heterosexualidad. [...] Estos discursos de heterosexualidad nos oprimen en la medida en que nos niegan toda posibilidad de hablar sino es en sus propios términos y todo aquello que los pone en cuestión es enseguida considerado como “primario” (Wittig, 2010 [1980]: 49).

Líneas más adelante agrega:

Esta tendencia a la universalidad tiene como consecuencia que el pensamiento heterosexual es incapaz de concebir una cultura, una sociedad, en la que la heterosexualidad no ordenara no sólo

todas las relaciones humanas, sino su producción de conceptos al mismo tiempo que todos los procesos que escapan a la conciencia. Estos procesos inconscientes se tornan, por otra parte, históricamente cada vez más imperativos en lo que nos enseñan sobre nosotras mismas por medio de los especialistas. Y la retórica que los expresa, revistiéndose de mitos, recurriendo a enigmas, procediendo por acumulaciones de metáforas cuyo poder de seducción no subestimo, tiene como función poetizar el carácter obligatorio del “tu-serás heterosexual-o-no-serás” [...]

[...] En efecto, la sociedad heterosexual está fundada sobre la necesidad del otro/diferente en todos los niveles. No puede funcionar sin este concepto ni económica, ni simbólica, ni lingüística, ni políticamente. Esta necesidad del otro/diferente es una necesidad ontológica para todo el conglomerado de ciencias y de disciplinas que yo llamo el pensamiento heterosexual. Ahora bien, ¿Qué es el otro/diferente sino el dominado? Porque la sociedad heterosexual no es la sociedad que oprime solamente a las lesbianas y a los gays, oprime a muchos otros/diferentes, oprime a todas las mujeres, y a numerosas categorías de hombres, a todos los que están en la situación de dominados (Wittig, 2010 [1980]: 52-53).

Foucault con Wittig: Hay un correlato entre lo que Wittig agrupa en el pensamiento científico-heterosexual y aquel poder-saber que Foucault conjunta en la *Scientia Sexualis*. Ambos discursos tienen los rasgos de intentar ser universales y gozan de hegemonía, son opresores, necesitan de la diferencia simbólica de los cuerpos ya sea en términos raciales, de clase económica o de género (con lo que se fundan las bases duales de su lógica), y agregamos con Foucault, apuestan a intentar encontrar una verdad sobre el sujeto en su sexualidad. El dispositivo disciplinario de sexualidad descrito por Foucault es heteronormado, leyéndolo con el argumento de las lógicas discursivas del pensamiento heterosexual descritas por Wittig. La heterosexualidad es disciplinaria, y su terror político es toda práctica que evidencie su falsa y violenta legitimidad, poniéndola a prueba o en duda. La heterosexualidad es un régimen político y es el reverso del régimen disciplinario, operando con distintos dispositivos al modo de una banda de moebius. Ambos regímenes son una misma matriz discursiva que organiza las realidades productoras de la subjetividad, vía el control de las microfísicas del poder corporales con la reproducción de las ficciones identitarias que nos constituyen como individuos pertenecientes a cierto conjunto social, determinando nuestras posibilidades, tránsitos, límites y contextos vitales.

Pensar las tecnologías del género y las gradillas heterosexual/bisexual/homosexual, situándolas como dispositivos históricos, políticos, y por lo tanto mutables, revela su artificialidad. El dispositivo histórico heterosexual disciplinario, sostenido por estas y muchas otras categorías gregarias, algunas de ellas binarias y otras – seguramente – más polimorfas, no son naturales. La

heterosexualidad no es natural, no tiene esencia, no es eterna y no es un destino. En este sentido, la homosexualidad, lo gay, lo lesbiano, tampoco lo es. Proponemos entonces pensar al dispositivo de sexualidad heteronormativo, configurado por ficciones somatopolíticas sostenidas con categorías segregativas, cuyos anudamientos se sostienen en procedimientos de verificación, técnicas discursivas, prácticas corporales, regímenes de gobierno, y diseños arquitectónicos de los espacios, donde el género es su versión binaria (Hombres/Mujeres) es el efecto de tecnologías productoras de sujetos contextualmente situados.

Muy breve genealogía del concepto tecnogénero

En el otoño de 1982 en la Universidad de Vermont Michel Foucault dictó el seminario *The technologies of the self*. Foucault inicia sus lecciones indicando que las razones que lo llevaron a estudiar la sexualidad en su vínculo con el campo de la ética, es el problema de los juegos de verdad para un sujeto determinado. En ese seminario precisa que uno de los objetivos de su trabajo es trazar la historia de los procesos por los cuales se buscan producir saberes sobre uno mismo, teniendo como premisa que esos saberes son inventados históricamente. A esos procesos, cuyo ejemplo son hoy las ciencias, Foucault los llama “juegos de verdad”, que a su vez se relacionan con al menos cuatro técnicas que los sujetos utilizan para estudiarse, producirse y entenderse a sí mismos.

A modo de contextualización, debemos comprender que existen cuatro tipos principales de estas “tecnologías”, y que cada una de ellas representa una matriz de la razón práctica: 1) tecnologías de producción, que nos permiten producir, transformar o manipular cosas; 2) tecnologías de sistemas de signos, que nos permiten utilizar signos, sentidos, símbolos o significaciones; 3) tecnologías de poder, que determinan la conducta de los individuos, los someten a cierto tipo de ficciones o de dominación, y consisten en una objetivación del sujeto; 4) tecnologías del yo, que permiten a los individuos efectuar, por cuenta propia, o con la ayuda de otros, cierto número de operaciones sobre su cuerpo y su alma, pensamientos, conducta, o cualquier forma de ser, obteniendo así una transformación de sí mismos con el fin de alcanzar cierto estado de felicidad, pureza, sabiduría o inmortalidad. Estos cuatro tipos de tecnologías casi nunca funcionan de modo separado, aunque cada una de ellas esté asociada con algún tipo particular de dominación (Foucault, 1990:48).

Siete años más tarde, Teresa de Lauretis (1996) recupera el concepto de Foucault (1990) de “tecnología”² para hacer un análisis crítico de los escritos y posturas feministas de las décadas de los 60 y 70, cuyo atril narrativo situaba al género como diferencia sexual binaria. De Lauretis interroga ¿Cuál debería ser el sujeto de acción política del feminismo?, y enfatiza que mantener al feminismo dentro de una lógica de oposición conceptual binaria mantendría la atadura a los discursos del patriarcado occidental.

Dos límites son resaltados por De Lauretis (1996): 1) situar al género como diferencia(s) sexual(es) constriñe el marco conceptual del feminismo porque acomoda su base en una oposición universal (la mujer como la diferencia respecto del hombre), donde esa universalidad torna invisibles las diferencias entre mujeres de diferentes espacios y contextos situados geográfica, histórica y políticamente; 2) La retención del potencial epistemológico radical del feminismo, que es la posibilidad de inventar sujetos, relaciones, subjetividades, lazos, construidos no sólo en la crítica a las opresiones genéricas, sino también retomando los signos raciales, de clase, etc., que en consecuencia engendrarían sujetos múltiples.

De Lauretis propone entonces pensar la categoría de género no como una base de la diferencia, sino más bien pensar esa diferencia como el efecto del lenguaje y sus representaciones sobre los cuerpos cincelados en contextos históricamente construidos por tecnologías sociales: el cine, las intuiciones, la literatura, las formas epistemológicas de los discursos científicos (desde las ciencias biológicas, medicas, e incluso sociales como la psicología, la psiquiatría y en ocasiones el psicoanálisis), operando en la vida cotidiana.

Podríamos decir entonces que, como la sexualidad, el género no es una propiedad de los cuerpos o algo originalmente existente en los seres humanos, sino *el conjunto de efectos producidos en los cuerpos, los comportamientos y las relaciones sociales*, en palabras de Foucault, por el despliegue de *una tecnología política compleja*. Pero debe decirse ante todo, y de ahí el título de este ensayo, que pensar al género como el producto y el proceso de un conjunto de tecnologías sociales, de aparatos tecno-sociales o bio-médicos es, ya, haber ido más allá de Foucault, porque su comprensión crítica de la tecnología del sexo no tuvo en cuenta la instanciación diferencial de los sujetos femeninos y masculinos, y al ignorar las conflictivas investiduras de varones y mujeres en los discursos y las prácticas de la sexualidad, la teoría de Foucault, de hecho, excluye, si bien no impide, la consideración del género (De Lauretis, 1996:8-9).

² Tanto en Foucault, De Lauretis y Preciado, “Tecnología” refiere a su raíz etimológica Techné entendida como el oficio y arte de fabricar algo.

Más recientemente, entrado el nuevo milenio, Paul B. Preciado teje diálogos intertextuales entre Michel Foucault, Teresa de Lauretis y Judith Butler, para dar un paso más al formular el concepto de “Tecnogénero” dentro de su propuesta del régimen fármacopornográfico para pensar la producción de subjetividad contemporánea. Para Preciado, las tecnologías que producen los sujetos hombres y mujeres de nuestro tiempo son la endocrinología, la cirugía estética y las gramáticas pornográficas.

El sistema farmacopornográfico, podríamos decir siguiendo a De Lauretis, funciona como una máquina de representación somática, donde texto, imagen y corporalidad fluyen en el interior de un circuito cibernético. El género, en esta interpretación semiótico-política de De Lauretis, es el efecto de un sistema de significación, de modos de producción y de descodificación de signos visuales y textuales políticamente regulados. El sujeto es al mismo tiempo un productor y un intérprete de signos, siempre implicado en un proceso corporal de significación, representación y autorepresentación (Preciado, 2008: 83).

Preciado propone el concepto de *tecnogénero* para describir el proceso de invención de los géneros masculino/femenino y cómo operan sus dinámicas dentro del sistema del tecnocapitalismo avanzado cuyo régimen es fármacopornográfico.

El género (feminidad/masculinidad) no es ni un concepto, ni una ideología, ni una *performance*: se trata de una ecología política. La certeza de ser hombre o mujer es una ficción somatopolítica producida por un conjunto de tecnologías de domesticación del cuerpo, por un conjunto de técnicas farmacológicas audiovisuales que fijan y delimitan nuestras potencialidades somáticas funcionando como filtros que producen distorsiones permanentes de la realidad que nos rodea. El género funciona como un programa operativo a través del cual se producen percepciones sensoriales que toman la forma de afectos, deseos, acciones, creencias, identidades (Preciado, 2008: 89).

Es importante situar aquí que las rupturas, debates, discontinuidades y diálogos de los movimientos feministas con autoras como Teresa De Lauretis, Paul B. Preciado, Donna Haraway, Chela Sandoval, Gloria Anzaldúa, Sayak Valencia, así como las agrupaciones activistas en diferentes lugares de Latinoamérica, España Francia y EUA (por mencionar sólo algunos), sumado a la globalización, las mutaciones del sistema económico, la precarización de los empleos, las nociones del espacio y el tiempo, la migración, la disidencia sexual, la vulneración masiva de la vida, así como la distribución de artefactos tecnológicos de comunicación y difusión de información, han originado contextos sumamente turbulentos

haciendo necesaria la invención de nuevos feminismos, entre los que se encuentra el transfeminismo.

El término *transfeminismo* busca enunciar una actualización crítica sobre la forma tradicional de interpretar y gestionar el sistema sexo-género y la sexualidad que afectan al sujeto político del feminismo. Es decir, el transfeminismo pone en el centro del debate la necesidad de articular de forma interseccional la norma heterosexual como régimen político y económico que da pie a la división sexual del trabajo y a su vez origina las desigualdades estructurales entre los sexos, los cuales están atravesados por especificidades de raza/etnia, clase y disidencia sexual (Valencia, 2016:327).

El transfeminismo no se desliga o es la superación de las otras figuras de los movimientos feministas. Sirve como herramienta epistemológica que permite el tejido de redes, espacios y campos discursivos, acentuando la necesidad de producción de saberes situados localmente, insertos en un proyecto global de intercambios y diálogos, reapropiando, estudiando y desmontando críticamente las tecnologías del género. Recuperar el concepto de tecnogénero nos permite resaltar tanto ejes de opresión, como categorías de análisis, con la finalidad de localizar y describir cómo y dónde se construyen los efectos del lenguaje en los cuerpos, produciendo como detritus identidades sociales históricas. En este sentido, el sujeto del género, efecto de las matrices identitarias de la diferencia, es interprete, reproductor, encarnación, lector, vigilante y proceso referencial legitimador de signos que producen efectos de sentido dentro una ecología visual binaria discursiva, performativa y política. Teniendo como premisa las ideas esbozadas hasta aquí nos preguntamos ¿Cuál es un ejemplo de esas tecnologías del género y sus signos, productoras del sujeto binario de nuestro tiempo, que operan en la vida cotidiana y pasan inadvertidas?

La vigilancia panóptica de los géneros es la segregación urinaria

El ingeniero mecánico y arquitecto naval Samuel Bentham y su hermano Jeremy Bentham, filósofo, economista, pensador y escritor inglés, son el antecedente genealógico del diseño de los sistemas disciplinarios contemporáneos. En 1791 es publicado el libro *Panopticon* donde Jeremy Bentham propone la construcción de espacios arquitectónicos circulares con un centro que permitiera la vigilancia continua de los prisioneros en las cárceles. El término tiene su génesis en el monstruo Argos Panoptes (Ἄργος Πανοπτης, Argos de todos los ojos), que en la mitología griega es un gigante de cien ojos.

En el capítulo siete de *Vigilar y Castigar* Foucault hace un estudio del panóptico de Bentham (1791), figura arquitectónica de los sistemas físicos de vigilancia, y que también es la presentación topológica de un sistema disciplinario que se introyecta en el sujeto bajo el orden social en regímenes de disciplina, vigilancia y punición; doble bucle de la presentación del poder disciplinario y de tecnología política sobre los cuerpos.

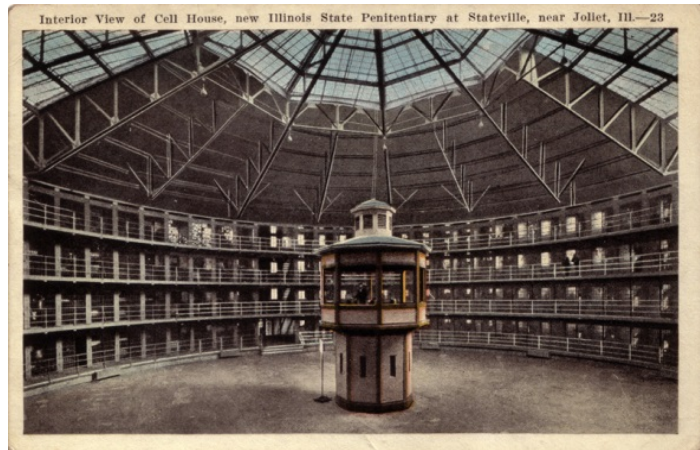
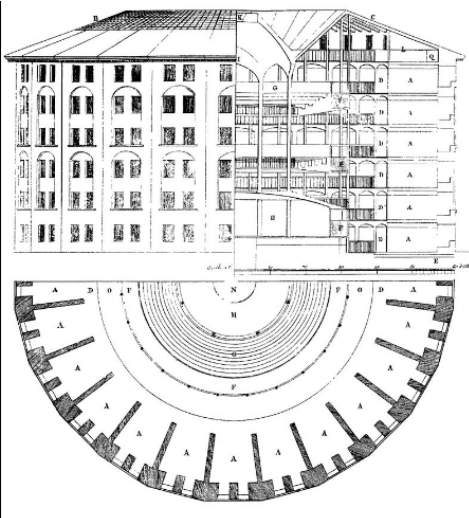


Imagen 1 y 2: Diseño del panóptico de Bentham.
Recuperada de
<https://es.wikipedia.org/wiki/Pan%C3%B3ptico#/media/File:Panopticon.jpg>

Estudiar los diferentes caminos trazados por Foucault en *Vigilar y Castigar* escapa a las posibilidades del presente escrito. Retomaremos únicamente algunos elementos del concepto de Panóptico de Foucault como tecnología que se ejerce sobre cuerpos disciplinándolos, domesticándolos, configurándolos y perfilando sus conductas. Para Foucault uno de los procesos de tránsito del régimen soberano al disciplinario es el sometimiento del individuo a la marcación binaria de lo normal y lo anormal, donde las instituciones inventan y operan conjuntos de técnicas para medir, controlar y corregir a los anormales.

El Panóptico de Bentham es la figura arquitectónica de esta composición. Conocido es su principio: en la periferia, una construcción en forma de anillo; en el centro, una torre, ésta, con anchas ventanas que se abren en la cara interior del anillo. La construcción periférica está dividida en celdas, cada una de las cuales atraviesa toda la anchura de la construcción. Tienen dos ventanas, una que da al interior, correspondiente a las ventanas de la torre, y la otra, que da al exterior, permite que la luz atraviese la celda de una parte a otra. Basta entonces situar un vigilante en la torre central y encerrar en cada celda a un loco, un enfermo, un condenado, un

obrero o un escolar. Por el efecto de la contraluz, se pueden percibir desde la torre, recortándose perfectamente sobre la luz, las pequeñas siluetas cautivas en las celdas de la periferia. Tantos pequeños teatros como celdas, en los que cada actor está solo, perfectamente individualizado y constantemente visible. El dispositivo panóptico dispone unas unidades espaciales que permiten ver sin cesar y reconocer al punto. En suma, se invierte el principio del calabozo; o más bien de sus tres funciones —encerrar, privar de luz y ocultar—; no se conserva más que la primera y se suprimen las otras dos. La plena luz y la mirada de un vigilante captan mejor que la sombra, que en último término protegía. La visibilidad es una trampa (Foucault, 1976: 232).

Foucault reconoce que la excelencia del panóptico consiste en que, por medio de un diseño arquitectónico y geométrico, aplicado a diferentes instituciones, es una manera de hacer funcionar las relaciones producto del ejercicio del poder. El efecto principal es que opera automáticamente el ejercicio del poder disciplinario por medio de la inducción de un estado de permanente visibilidad. El sentido de advertencia del permanente estado de vigilancia produce sujetos en dinámicas de las que sus cuerpos son portadores. El detritus del sistema de vigilancia disciplinaria es el sujeto que habita los espacios panópticos. No es que previamente a la inserción de los cuerpos en el dispositivo ya existan los sujetos que los habitan, sino que se producen al habitar ese espacio por medio de la coacción o incentivación a cierto tipo de conductas específicas. El diseño político del panóptico:

Es polivalente en sus aplicaciones; sirve para enmendar a los presos, pero también para curar a los enfermos, para instruir a los escolares, guardar a los locos, vigilar a los obreros, hacer trabajar a los mendigos y a los ociosos. Es un tipo de implantación de los cuerpos en el espacio, de distribución de los individuos unos en relación con los otros, de organización jerárquica, de disposición de los centros y de los canales de poder, de definición de sus instrumentos y de sus modos de intervención, que se puede utilizar en los hospitales, los talleres, las escuelas, las prisiones. Siempre que se trate de una multiplicidad de individuos a los que haya que imponer una tarea o una conducta, podrá ser utilizado el esquema panóptico. Es aplicable —bajo reserva de las modificaciones necesarias— "a todos los establecimientos donde, en los límites de un espacio que no es demasiado amplio, haya que mantener bajo vigilancia a cierto número de personas" (Foucault, 1976: 238).

La física del poder ejercido mediante el dispositivo panóptico hace visible, diferencia, compara, registra y signa cuerpos individualizándolos. Pero además su fuerza produce como efectos tipos particulares de sujetos. Encontrarse situado en un espacio panóptico hace que los cuerpos sean producidos como sujetos del contexto que habitan: cárcel y preso, cuartel y cadete, escuela y estudiante, hospital y enfermo, psiquiátrico y loco, fábrica y obrero, consultorio y paciente; extensivamente insertamos aquí baños públicos y usuarios caballeros/damas.

Foucault menciona que “[e]l esquema panóptico, sin anularse ni perder ninguna de sus propiedades, está destinado a difundirse en el cuerpo social; su vocación es volverse en él una función generalizada.” (Foucault, 1976: 238). Siguiendo además su definición más global de disciplina como las tecnologías “para garantizar el ordenamiento de las multiplicidades humanas” (Foucault, 1976: 251), es posible plantear que hay una disciplina de los géneros binarios con diseños arquitectónicos que a la vez los reproduce y sostiene. El diseño, distribución, estética, esterilidad y trazado de los espacios que ocupamos, usamos, transitamos y consumimos, es político. La arquitectura produce subjetividad. Pensar las formas de los espacios físicos que habitamos e interrogarlos al modo de archivos históricos tallados en piedra, cemento y andamios de metal, nos permite localizar cómo el poder se solidifica también en nuestro entorno inmediato. La materialidad del diseño arquitectónico es una tecnología visual, verificadora y distributiva de poder productora de saber, verdad y subjetividad para los sujetos en contextos históricos, geográficos y vitales específicos. Realizar una historia analítica, genealógica y de la organización funcional del diseño cotidiano, resaltando los fines económico-políticos de los usos de los espacios, poniendo énfasis en las tecnologías de poder que sostienen y producen, es, de hecho, otro modo de hacer una historia de los poderes, del cuerpo y de la producción de subjetividad.

Michel Foucault nos ha legado esa propuesta, pues a lo largo de su obra se interesó por la materialidad del diseño arquitectónico de los espacios que estudiaba y los efectos de poder, saber y verdad que producían para ciertos sujetos en contextos situados: En *El Nacimiento de la Clínica* (1963), investigación orientada a trazar la génesis del proceso de institucionalización de la mirada médica y su inscripción en el espacio social, dedica la mitad del estudio a describir cómo los médicos incidieron en el diseño de los hospitales durante la reforma del siglo XVIII y cómo eso produjo el sujeto enfermo; En *Historia de la locura en la época clásica* (1964) recorre el gran encierro de la locura en castillos, celdas y calabozos, cuyas descripciones son a la vez análogas a las del Marqués de Sade, estableciendo una relación entre el confinamiento, la sinrazón y la invención de las “psicopatologías sexuales”, mostrando la producción del sujeto loco; en el célebre *Vigilar y castigar* (1975) recupera el diseño de las prisiones de Bentham para forjar el concepto de panóptico, figura ejemplar que enmarca el régimen disciplinario y el despliegue de sus dispositivos (incluido el de sexualidad establecido posteriormente en *La voluntad de saber* [1976]) que habitará el sujeto criminal; pero además, en *Las palabras y las*

cosas (1966) introducirá el concepto de las heterotopías para pensar lugares y momentos que perturban el cauce habitual de las relaciones de poder, generando contraespacios excepcionales de producción de subjetividad.

Consideramos que tener en cuenta estas conceptualizaciones críticas de los espacios es útil para estudiar, analizar y describir las formas en que los códigos normativos del género y la sexualidad operan sobre los cuerpos. Sostenemos que el diseño de los espacios, su arquitectura material y el uso que se les da, producen formas políticas cuyo espectro va desde el hábitat de los hogares, pasando por la edificación institucional, hasta el trazado de los centros urbanos. En este sentido, los dispositivos políticos del tecnogénero no son sin el diseño arquitectónico que les posibilita. Estudiar los procesos de producción subjetiva de las normas corporales de género permite localizar e interrogar la artificialidad de los diseños estructurales definidos por trazados y distribuciones arquitectónicas, que a su vez se anudan con la simbolización de la diferencia sexual, racial y de clase.

A continuación, mediante el análisis del diseño de los baños públicos, veremos aparecer la doble estructura de los espacios disciplinarios y somatopolíticos: una segmentación de lo *visible* (signos que permiten verificar a qué género pertenece determinado cuerpo) mediante el uso restrictivo que asigna un espacio, y lo *invisible* vía la asignación que dependerá de los códigos, sistemas de signos y discursos que admitan hacer la lectura consecuente de un orden significativo en el que el sujeto se encuentra habitando. En la vida cotidiana, una forma en que el sujeto del género se ajusta a los parámetros normativos es vía los aparatos de verificación visual de los espacios sanitarios públicos, donde se reproduce la identidad en el punto de intercepción entre la materialidad física del uso y diseño del espacio, con el orden simbólico del lenguaje que marca la carne con el yerro de la segregación urinaria.

En 1957 en la conferencia *La instancia de la letra en el inconsciente*, Lacan habla, entre otras cosas, de los lazos sociales del significante e introduce formalmente su propuesta de signo diferenciándola de la lingüística de Saussure. Lacan busca explicitar el funcionamiento del orden significante y para mostrarlo utiliza la imagen de las puertas de los baños públicos, por ser “el lugar excusado ofrecido al hombre occidental para satisfacer sus necesidades naturales fuera de su casa, el imperativo que parece compartir con la gran mayoría de las comunidades primitivas y

que somete su vida pública a las leyes de la segregación urinaria” (Lacan, 2009 [1957]:467). Años más tarde en *El sexo del amo* Jean Allouch comenta al respecto:

Hay ciertos lugares a los que nadie puede acudir en lugar de otro. Tales parecen ser la sala de parto para la madre embarazada, la habitación del hospital para el enfermo, la mesa para el comensal, la sala de examen para el postulante, el diván para el analizante, el lecho conyugal para la recién casada, la cancha de tenis para el jugador profesional, la mesa para el jugador de bridge. [...]

Un grupo de amigos cena en un restaurante. En un momento dado, uno de ellos se dispone a irse de la mesa de manera repentina; ante la indiscreta pregunta “¿Adónde vas?”, responde “¡Adonde no puedes ir en mi lugar!”. Curiosamente, en seguida creemos entender de qué se trata. Nadie ignora que aquel o aquella que se haya levantado pronto se enfrentarán a una opción forzosa, tendrá que declararse “hombre” o “mujer”. Es una situación tanto más sorprendente cuanto que la clase de secreción de la que es portador quien entonces se enfrenta a dicha opción, secreción que lo molesta y de la cual pretende desembarazarse lo más rápido posible, no difiere para nada en función del sexo. En el banco, cada cual puede efectuar un depósito sin tener que optar por una ventanilla “hombres” o “mujeres”. [...]

Puesto que obligan a una opción hombres/mujeres, nos detendremos en los baños públicos o semipúblicos, los de la clientela de un café, aquellos que ponen a disposición de sus usuarios una estación de trenes o un aeropuerto. Las costumbres imponen pues, en dichos lugares, lo que Lacan designó como una “segregación urinaria”. Algo prefabricado obliga al ser hablante, portador de un objeto que lo molesta, a no librarse de él sino después de haberse declarado de un sexo o del otro.

Hay algo abusivo en una opción así, doblemente forzada ya que la naturaleza, al negarme la posibilidad de escapar de esos lugares hacia los cuales me envía, impide que me niegue a tomar uno de los dos caminos que me ofrece la sociedad. ¿Quién siente pues que está en el mismo nivel con la mentira de una sexualidad distribuida en dos géneros que serían pura y simplemente un dato? (Allouch, 2009: 101-103).

Sabemos que hay diferencias anatómicas que han dividido los modos sociales de orinar de los cuerpos parlantes, cuyo establecimiento cotidiano los hace de difícil advertencia; es tan obvio, que no se le presta atención. La inestabilidad del dispositivo, su perturbación por medio de cuerpos trans o no binarios, por ejemplo, revelan la lapidaria ambigüedad de la dupla: damas/caballeros. En uno de los posters promocionales de la película independiente, dirigida por Duncan Tucker y protagonizada por Felicity Huffman y Kevin Zegers, *Transamérica* (2005), vemos saltar a la vista esa ambigüedad. No haremos aquí una reseña del filme, sólo un breve comentario de la composición visual de un poster (imagen 3). Estilizado con filtros en tonos

pastel, en el poster vemos a una mujer ataviada con un femenino conjunto rosa salir de una puerta azul que tiene en la parte superior el signo que nos indica un “baño para hombres”. Bree – una mujer trans, consumidora de hormonas, que en la película espera por la autorización de su psiquiatra para tener acceso a una intervención quirúrgica que le permita concretar su proceso de reasignación de género – ¿se ha equivocado de baño?, ¿o no? Ella aún posee un pene para orinar, por lo que técnicamente el baño con mingitorios le es correspondiente; pero, su performatividad, código visual (vestimenta, voz, cabello, maquillaje, etc.) y actitud son propios de una dama. Entonces ¿no debería haber atravesado la otra puerta asignada a las mujeres?

La imagen es más interesante aún si observamos el uso de los colores en la composición: ambas puertas son rosas, la pared es azul, y los letreros con los signos de la segregación urinaria de género son negros y blancos. ¿Acaso el cuerpo de Bree es defectuoso por no poderse adaptar al código binario? O bien, ¿el cuerpo de Bree revela la necesidad de arquitecturas más fluidas y sin barreras tan solidificadas? Nos permitimos proponer que la imagen de Bree, en el poster que mencionamos, es una interpelación interesante contra los sistemas de verificación taxonómicos y visuales del género, sostenidos en la segregación binaria de los cuerpos. Mostramos esta imagen para representar, de modo sencillo y modesto, que la masculinidad y la feminidad no tienen entidad ontológica. El cuerpo de Bree, al igual que los cuerpos trans, interpelan y desafían los mecanismos de inteligibilidad social, permitiéndonos también observar rasgos poco apreciados o percibidos de los aparatos de identidad que nos constituyen como sujetos del género. En el régimen de la diferencia sexual binaria, la hegemonía del género ejercida como tecnología de diseño segregativo, encuentra su contrapunto en los cuerpos que no se coaccionan o ajustan a sus imperativos, y que además resaltan que sus lógicas operativas no son leyes naturales o inmutables, sino prácticas culturales, costumbres corporales y estéticas históricas. La mayor parte del tiempo esos rasgos son poco perceptibles por sus cualidades de cotidianidad y naturalización; hace falta tener en cuenta las paradojas que introducen las diferencias de corporalidades diversas a las tecnologías del género, para interrogar y sospechar un poco sobre el diseño y uso habitual de los espacios en la vida diaria.



Imagen 3: Poster promocional de la película *Transamerica* (2005).
<https://i.ebayimg.com/images/g/tjUAAOSwUEVYCq1m/s-l640.jpg>

Lo cotidiano de los baños públicos, por ejemplo, hace que no se les interrogue más allá de su función utilitaria, por lo que se oculta su función segregativa, de sostén simbólico patriarcal y de vigilancia disciplinaria de los géneros. Los baños públicos cumplen una función de panoptismo dentro del dispositivo de sexualidad heteronormado, al dividir y sostener divisiones categóricas tan artificiales, como cotidianas³. Sin forzar las descripciones de las funciones del panóptico hechas por Foucault, proponemos un ejercicio para trasladarlas a la arquitectura de la división segregativa de los baños públicos:

[...] que este aparato arquitectónico sea una máquina de crear y de sostener una relación de poder independiente de aquel que lo ejerce; en suma, que los detenidos [digamos aquí “usuarios”] se hallen insertos en una situación de poder de la que ellos mismos son portadores. [...] El panóptico [sustituyamos por “los baños públicos”] es una máquina maravillosa que, a partir de deseos de los más diferentes, fabrica efectos de poder homogéneos [sobre la base de una necesidad orgánica de los cuerpos]. Una sujeción real nace mecánicamente de una relación ficticia. De suerte que no es

³ Lo interesante es que no sería la primera vez que los baños son usados para segregar: El Pentágono, sede del Departamento de Defensa de los Estados Unidos, tiene el doble de baños necesarios, porque en el momento de su diseño y construcción había una ley que exigía baños separados para personas blancas y de color.

necesario recurrir a medios de fuerza para obligar al condenado a la buena conducta, al loco a la tranquilidad, al obrero al trabajo, al escolar a la aplicación, al enfermo a la observación de las prescripciones [agreguemos, “a los usuarios al uso de los respectivos espacios”]. [...] El esquema panóptico [insertemos “de los baños públicos”], sin anularse ni perder ninguna de sus propiedades, está destinado a difundirse en el cuerpo social; su vocación es convertirse en él una función [“segregativa”] generalizada [“y cotidiana”] (Foucault, 1976: 233, 234, 240).

El dispositivo de sexualidad heteronormado opera a través de regímenes disciplinarios de vigilancia del binarismo de género, produciendo ficciones políticas que encarnan en los cuerpos. En la cotidianidad de los espacios públicos urbanos (centros comerciales, escuelas, oficinas, estadios, aeropuertos, restaurantes, gimnasios, etc...) los baños operan una función panóptica discreta de vigilancia, verificación efectiva y reproducción de las tecnologías del género por medio de la segregación urinaria.

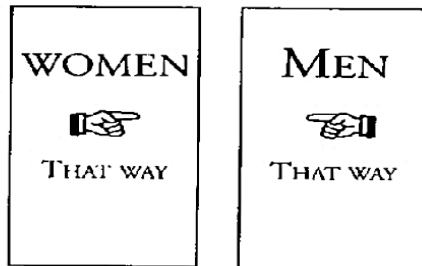


Imagen 4: Esquema presentado por Jean Allouch en la página 238 de *El sexo del amo* para la problematización de la segregación urinaria.

Paul B. Preciado ubica los baños públicos como cabinas de vigilancia del género. Por medio del establecimiento analógico de los modos de orinar y defecar en función de las diferencias de diseño entre los baños de hombres/mujeres, Preciado muestra cómo en esos espacios hay un constreñimiento que lleva a la adecuación de cada cuerpo hacia los códigos de la masculinidad y la feminidad. El primer filtro es el signo que divide en dos puertas. “En la puerta de cada retrete, como único signo, una interpelación de género: masculino o femenino, damas o caballeros,

sombrero o pamelita, bigote o florecilla, como si hubiera que entrar al baño a rehacerse el género más que a deshacerse de la orina y de la mierda” (2009: 15).

Al pasar el filtro del signo de las puertas, las y los usuarias/os del espacio se vuelven inspectores del género por medio de otros dos filtros: una rápida inspección de la ropa, los signos corporales (cabello, bello facial, estatura, ropa, etc...), luego la distribución del espacio y el uso de los artefactos. Los diseños más difundidos de los baños para hombres y mujeres no son iguales. Los baños de mujeres usualmente se integran por medio de cabinas que resguardan retretes; los espejos para retocar el maquillaje son casi indispensables en el espacio destinado a lavarse las manos, bajo la mirada reguladora de otras mujeres; la postura corporal femenina del uso de los baños públicos es únicamente sentada ya sea para defecar como para orinar, ambas en una privacidad visual restringida por los paneles divisorios.

En el caso de los baños de hombres, el espacio dispensado para lavarse las manos bien puede prescindir de espejos; hay distribuidos explícitamente mingitorios fijados a la pared para orinar de pie; en cabinas también divididas por paneles se resguardan inodoros reservados a la defecación; encontramos entonces una doble postura: el orinar se hace semipúblicamente de pie, el defecar (momento de la abertura momentánea del ano del cuerpo signado masculino) se hace privadamente. Ambas posturas producen una performance de la masculinidad heterosexual moderna.

Dos lógicas opuestas dominan los baños de señoras y caballeros. Mientras el baño de señoras es la reproducción de un espacio doméstico en medio del espacio público, los baños de caballeros son un pliegue del espacio público en el que se intensifican las leyes de visibilidad y posición erecta que tradicionalmente definían el espacio público como espacio de masculinidad (Preciado, 2009: 17).

Los diseños de los espacios públicos no son inocentes y responden a lógicas utilitarias de reproducción de los códigos vigentes en contextos determinados. En una de sus últimas entrevistas, Foucault a propósito de *Vigilar y castigar* plantea que una de las funciones de la arquitectura y los diseños de la distribución espacial es la materialidad de las organizaciones políticas, por lo que una “historia de los espacios” sería al mismo tiempo una “historia de los poderes”.

Desde finales del siglo XVIII la arquitectura comienza a estar ligada a los problemas de población, de salud, de urbanismo. Antes, el arte de construir respondía sobre todo a la necesidad de manifestar el poder, la divinidad, la fuerza. El palacio y la iglesia constituían las grandes formas a las que hay que añadir las plazas fuertes: se manifestaba el poderío, se manifestaba el soberano, se manifestaba Dios. La arquitectura se ha desarrollado durante mucho tiempo alrededor de estas exigencias. Pero, a finales del siglo XVIII, aparecen nuevos problemas: se trata de servirse de la organización del espacio para fines económico-políticos (Foucault, 1980:11-12).

La espacialización de las tecnologías del poder, entre ellas las del género binario, al establecer las relaciones habituales entre signos, cuerpos, funciones y lenguaje, también revela cierta opacidad sexual que bordea una serie de cuestiones concernientes al psicoanálisis. En su último libro traducido al español Jean Allouch traza desde Lacan dos analíticas del sexo: por lado la analítica del objeto *a* y por otro la de la inexistencia de la relación sexual. Si bien este no es lugar para abordar su propuesta, consideramos pertinente citar un breve párrafo de *El sexo del amo* que introduce la problemática desarrollada hasta aquí en el campo freudiano.

Mencionar *El nacimiento de la clínica*, el análisis del dispositivo panóptico de Bentham en *Vigilar y Castigar* o incluso la descripción del modelo de la inclusión del apestado como origen del poder de la norma (“nada de lo que pasaba en la ciudad escapaba a su mirada”) bastaría para sostener esa conjetura. Cada uno de esos textos designa un objeto *petit a* determinado, la mirada. Más exactamente, cada uno pone de relieve una incidencia determinada, “disciplinaria” digamos, de la mirada. Cada modelo descrito se basa en una intensificación del goce de esa mirada disciplinaria: si la eliminamos, el edificio se desmorona. Esa mirada no vela [*veille*], vigila [*surveille*]. Capta en beneficio propio un plus-de-goce, a veces abiertamente, como en la economía del poder punitivo en el derecho clásico donde, decía Foucault, “Era preciso que hubiera una suerte de plus del lado del castigo” (Allouch, 2009:201).

El filo de la lengua y la función del signo obliga al sujeto hablante a declararse según un sexo o el otro al momento de acudir a los baños públicos. La segregación urinaria coacciona inadvertidamente a la asunción, identificación y reconocimiento explícito de ser *ella* o *él*, lo que refiere al nudo entre signo y sexo, lenguaje y carne, cuerpos y discursos, en las esferas de la cotidianidad.

La intercepción entre los dispositivos disciplinarios y de sexualidad en las formas arquitectónicas panópticas de los baños públicos, se produce por medio de la segregación urinaria, en tanto establece la reproducción de los signos y la vigilancia del binomio de las tecnologías del género de la diferencia sexual en caballeros/damas. Los baños públicos son la materialidad de la prisión somatopolítica de la disciplina del género.

La enfermedad del binarismo y la segregación en su relación con la función política del diseño de los espacios

El filósofo y matemático Hilary Putnam localizó en sus estudios sobre el problema mente-cuerpo, establecido desde el Cogito Cartesiano que “[...] una vez que una dicotomía [...] se convierte en una dicotomía aceptada, y aceptada no como mero par de categorías, sino como una caracterización de tipos de concepciones y estilos de pensamiento, los pensadores comienzan a ver los términos de la dicotomía casi como etiquetas ideológicas” (1988:11). Somos herederos de la enfermedad del binarismo y la segregación, porque hemos forjado la trampa en la que caemos constantemente de confundir lo cotidiano con lo normal, lo natural y lo verdadero.

Aunque el contraste de las realidades cotidianas interpela las ficciones políticas del pensamiento binario, parece ser que sus gramáticas regulan nuestra visión, vínculo y lazo con el mundo y los demás. El pensamiento dual atrapa, persiste y engendra teorías con dualismos y pares de opuestos o complementarios cargados de sentidos. Habitar un mundo plagado de ficciones binarias ofrece la ilusión de comprensiones inmediatas de los fenómenos sociales y de sencillez dicotómica naturalizada. Las lógicas binarias ocultan diversidades corporales y a su vez producen segregaciones, fragmentan, separan artificialmente. La potencia del lenguaje es inmensa porque nos piensa y nosotros pensamos con sus gramáticas. Lacan en 1970 decía que “nunca se ha acabado del todo con la segregación. Puedo decirles que siempre encontrará la ocasión para arraigar más y mejor” (Lacan, 1992 [10/junio/1970]:193). Las gramáticas de las tecnologías segregativas del género las sacamos por la puerta y regresan por la ventana. Aferrarnos a la anatomía y al pensamiento heterosexual binario nos tiene prisioneros de las diferencias hombre/mujer (Bercovich, 2015:72). Somos prisiones de un régimen sexual binario, segregativo y necropolítico.

Hay un estrecho vínculo, anudamiento, reciprocidad entre el dispositivo de sexualidad heteronormativo y las tecnologías del género. Se nutren mutuamente. Juntos sostienen los regímenes de opresiones contra todo lo que no se adscribe al parámetro heterosexual y que por lo tanto debe ser segregado, señalado, excluido, injuriado y en última instancia aniquilado. Las tecnologías del género que forman parte del dispositivo de sexualidad heteronormativo producen

las identidades del binarismo performativo y corporal de la división sedimentaria dualista de “hombres” y “mujeres”, esto es, las ficciones políticas encarnadas en las que los cuerpos son agrupados en conjuntos de sexo-género bifurcados. Hasta aquí, hemos intentado mostrar que los signos de los baños públicos, así como su arquitectura y diseño utilitario, son un ejemplo de los aparatos de verificación que operan con la epistemología visual del binarismo genérico disciplinario. Las cabinas de los baños públicos binarios son un mecanismo somatopolítico reproductor de las maquinas del tecnogénero. El sujeto del género es una ficción política encarnada, producto de las tecnologías simbólicas de la segregación que operan como una prisión moderna de los cuerpos, donde cada individuo es al mismo tiempo el policía de sí mismo y el vigilante de los demás, ocupando espacios físicos en las redes de la microfísica del poder disciplinario en el régimen heterosexual.

Pero, además, el diseño arquitectónico de los espacios es la solidificación material de los sistemas de poder, saber y verdad donde se producen y habitan los sujetos. Extrapolando nuestro análisis construido en el presente artículo, nos permitimos decir que las ciudades son ecosistemas vivos, espacios experimentales de procesos somatopolíticos, y laboratorios atmosféricos sociales, donde encontramos las intercepciones de redes diversas que concentran las relaciones entre territorios, poblaciones y poder, siendo las bases materiales, económicas y corporales de los modelos de producción de subjetividad actuales. En el caso de los aparatos segregativos del género, es necesaria una actitud suspicaz y crítica respecto de las identificaciones identitarias sobre nuestro propio cuerpo y cotidianidad, para poder apreciar no sólo los rasgos simbólicos opresores y divisorios del régimen sexual heteronormativo, sino más ampliamente, las raíces de los dispositivos, tecnologías y discursos que producen las tácticas de gobernabilidad en nuestros días. Los aparatos sistémicos que se van multiplicando en materialidades que aprisionan con tácticas normativas no son estrictamente invisibles, de hecho, están tan a la vista que por eso pasan desapercibidos, sólo hace falta un poco de curiosidad política e indagación histórica.

Explorar las posibilidades que ofrece desestabilizar significados estables (Estado-Nación, clase social, segregación racial, de género u edad, ciudadanía, procesos de urbanización, etc.) nos permite construir teorías radicales sobre las practicas corporales subversivas y transgresoras de los sujetos al interior de dispositivos normativos. Sostenemos que resaltar la función política del

diseño de los espacios es una forma de problematizar y cuestionar las desigualdades de clase, género, raciales y sexuales. Es importante salir de las parejas de opuestos o complementarios, al mismo tiempo que debemos localizar los axiomas, coordenadas y categorías en las que hemos sido formados y que tienden a reaparecer, usualmente con nuevas retóricas, en contextos políticos, educativos, gubernamentales, científicos, urbanísticos, o sociales, para pensarlos críticamente apuntando a su deconstrucción interpelativa, a la destrucción de interpretaciones universales o la disolución de verdades trascendentales. Invitamos al lector a desconfiar de sus premisas identitarias más elementales, a dudar de su entorno, a interrogar su vida cotidiana, a poner a prueba su devenir minoritario y singular.

El diseño arquitectónico de los espacios configura las tecnologías multimedia somatopolíticas de las formas de vinculación y distribución con la enfermedad, la administración del ejercicio de la violencia, las prácticas sexuales, las organizaciones laborales, los procesos de socialización, los trazos urbanísticos, las divisiones topográficas gubernamentales, los expolios turísticos, los tráfico extractivistas de recursos naturales, los epicentros mercantiles, los flujos migratorios, las fronteras del género, en síntesis, los litorales de potenciales campos de la subjetividad y su posibilidad de existencia o exterminio a escala planetaria. ¿Cómo inventar lugares en los que cada cuerpo, de modo singular, pueda vivir sus experiencias dentro de comunidades micropolíticas deseantes? La próxima ocasión que te encuentres en tu casa viendo Netflix, utilizando un retrete en un centro comercial, preparando alimentos en tu cocina, caminando por el pavimento de las calles de las ciudades o dejando tus huellas efímeras en las arenas de una playa, estudiando en la biblioteca o en tu salón de clases, teniendo sexo en la intimidad de tu alcoba doméstica o en la extimidad de los *backrooms*, viajando en tren, metro, bicicleta o avión, entrenando en un gimnasio o durmiendo en un hotel, cruzando una frontera o regresando a tu lugar de nacimiento... duda. Sospecha cómo, lejos de ser un simple usuario, un individuo más, otro cuerpo dentro del conglomerado social, un habitante de tu entorno, esos espacios te están produciendo a ti.

Referencias

- Allouch, J. (1991). Un sexo o el otro Sobre la segregación urinaria. *Litoral* n°11/12, 7-37.
- Allouch, J. (2009). *El sexo del Amo. El erotismo desde Lacan*. Argentina: Cuenco de Plata.
- Allouch, J.. (2018). *Para acabar con una versión unitaria de la erótica. Dos analíticas del sexo*. México: Epeele.
- Bercovich, S. (2010). La zona gris. *Me cayó el veinte*. N° 22 *Conocido el Otro... ¿de veras?*, 107-126.
- Bentham, J. (1979). *El Panóptico*. España: La Piqueta.
- De Lauretis, T. (1996). La tecnología del género. *Mora*, núm. 2, 6-34.
- Foucault, M. (1966). *El nacimiento de la clínica*. México: Siglo XXI.
- Foucault, M. (1976). *Vigilar y castigar. El nacimiento de la prisión*. México: Siglo XXI.
- Foucault, M. (1977). *Historia de la sexualidad I. La Voluntad de Saber*. México: Siglo XXI.
- Foucault, M. (1990). *Tecnologías del yo Y otros textos afines*. España: Paidós.
- Halperin, D. (2000). ¿Hay una historia de la sexualidad?. En *Grafitas de Eros* (págs. 21-51). Buenos Aires: Edelp.
- Halperin, D. (2004). *San Foucault. Para una Hagiografía Gay*. Argentina: Cuenco de Plata.
- Lacan, J. (1992). *El Seminario, Libro 17. El reverso del psicoanálisis*. Argentina: Paidós.
- Lacan, J. (2009). La Instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud [1957]. En J. Lacan, *Escritos I* (págs. 231-309). México: Siglo XXI.
- Preciado, P. B. (2008). *Testo Yonqui*. España: Espasa Calpe.
- Preciado, P. B. (2009). *Basura y Género. Mear/Cagar. Masculino/Femenino*. Recuperado el 20 de julio de 2018, de Parole de Queer 2: https://www.scribd.com/fullscreen/79994784?access_key=key-1kzk7tzxrj9solcq2esc
- Putnam, H. (1988). *Razón, Verdad e Historia*. España: Tecnos.
- Rajchman, J. (2001). *Lacan, Foucault y la cuestión de la ética*. México: Epeele.
- Roudinesco, É. (2010). *Nuestro lado oscuro Una Historia de los perversos*. México: Anagrama.
- Valencia, S. (2016). Transfeminismo(s). En H. Moreno, & E. Alcántara (Coordinadoras), *Conceptos clave en los estudios de género. Volumen 1* (págs. 327-337). México: UNAM.
- Wittig, M. (2006). *El Pensamiento Heterosexual y otros ensayos*. España: Egales.